

se le antojó una cosa torpe y el autor de *Elvira* se entristeció...

Desde entonces redujo su rencor á su más mínima expresión, lo redujo á esta frase que lanzaba con enojo:

— ¡Muchachos, no habléis del *excremento!*

Aquella noche tuvo la dicha de hallar aliados. Craft no admitía tampoco el naturalismo, la fea realidad de las cosas, expuesta al desnudo en un libro. El arte es una idealización. Pues que presente tipos superiores de una humanidad perfeccionada, formas más bellas del vivir y del sentir... Ega, horrorizado, se apretaba la cabeza con las manos, cuando Carlos declaró, desde el otro lado de la mesa, que lo más intolerable del realismo eran sus aires científicos, sus invocaciones á las teorías de Claudio Bernard, del experimentalismo, del positivismo, de Stuart Mill, de Darwin, á causa de que una lavandera duerme con un carpintero.

Así atacado entre dos fuegos, defendióse Ega. Justamente el flaco del naturalismo era echar aún mano de enredos y fábulas y fantasías. La forma pura del arte naturalista debía ser la monografía, el estudio seco de un tipo, de un vicio, de una pasión, tal como si se tratase de un caso patológico, sin adornos de estilo, sin disfraces...

— Esto es absurdo — decía Carlos — los caracteres sólo se pueden manifestar por la acción...

— Y la obra de arte vive apenas por la forma — añadió Craft...

Alencar les interrumpió exclamando que no eran necesarias tantas filosofías.

— Ustedes gastan cera para ruines difuntos. El realismo se critica de este modo: ¡mano á la nariz! Yo, cuando veo uno de esos libros, huelo agua de Colonia. No discutamos el *excremento*.

— *¿Sole normande?* — preguntó un criado.

Ega iba á fulminar. Pero viendo que Cohen escuchaba con una sonrisa aburrida y superior aquella discusión de literatura, calló; sólo se cuidó de su vecino, le preguntó si le gustaba el St. Emilion, y cuando vió que se hubo servido *sole normande* en abundancia, lanzó con gran alarde de interés esta pregunta:

— Díganos, Cohen... ¿Se hace el empréstito, ó no se hace?

Y despertó la curiosidad de todos diciendo que la cuestión era grave. Una operación tremenda, un verdadero episodio histórico...

Cohen colocó un puñadito de sal en la orilla del plato y contestó que era *forzoso* que el empréstito se realizara. Los empréstitos constituían en Portugal una fuente de ingresos tan regular, indispensable y conocida como las contribuciones. Las únicas ocupaciones del Gobierno consistían en *cobrar los impuestos y realizar los empréstitos*. Y así se debía continuar...

Carlos no entendía en achaques de Hacienda; pero creía que este era el mejor medio de llegar alegremente á la bancarrota.

— A un galope corto muy seguro y directo, — añadió Cohen sonriendo. — Acerca de esto nadie se hace ilusiones, estimado señor, ni los ministros. La quiebra es segura. Por lo mismo no hay que regatear la cuantía...

Ega se impresionó. Todos atendían á Cohen. Y él, después de llenarle la copa de vino, se puso de codos á la mesa para saborear mejor sus palabras.

— La bancarrota es tan cierta y de tal manera está todo dispuesto para ello, que sería fácil acelerarla, hacer que se declarara antes de tres años.

Con mantener una temporada una agitación revo-

lucionaria y hacer que en vísperas de un empréstito, doscientos hombres invadiera la Casa Consistorial dando vivas á la República, la bancarrota estallaba. Los mercados extranjeros, asustados, la provocarían. Pero esto no convenía á nadie...

Ega protestó airado. ¿Cómo que no convenía? Era todo lo contrario. La quiebra iría seguida de una revolución. Un país que vive de *cupones*, en no cobrando se indigna, y lo primero que hace es derrocar la monarquía, que no paga. Y pasada la crisis, Portugal, libre de las antiguas costumbres, de la gente vieja, de aquel tratajo grotesco de tontos...

La voz de Ega sibilaba... Pero al ver que trataba de *grotescos* y de *tontos* á los hombres de orden que hacían prosperar los bancos, Cohen apeló al buen sentido de su amigo. A no dudar lo tenía que reconocer que entre la gente que gobernaba desde el 46 había, entre muchos botarates, bastantes hombres inteligentes.

—Sí, tienen valor y saber—decía en tono doctoral.—Usted debe reconocerlo, Ega... Usted es muy exagerado...

Recordando que algunos de aquellos *tontos* eran amigos de Cohen, Ega les reconoció talento y saber. Alencar se atusaba en silencio el bigote. Ahora la daba por las ideas radicales. Vencido el romanticismo literario, se refugiaba en el romanticismo político: quería una república gobernada por genios, la fraternidad del pueblo, los Estados Unidos de Europa... Además, tenía quejas de los actuales gobernantes que en otras épocas fueran sus compañeros de redacción, de café y de francachelas...

—Y en cuanto á lo del talento, permítame que le diga que son cuentos... Bien les conozco, amigo Cohen...

Este replicó:

—No, señor, no; es usted exagerado también; crea usted que hay gente lista é instruída.

Y Alencar, ante aquella intimación del respetado director del *Banco Nacional*, del marido de la divina Raquel, del dueño de aquella casa de la calle del Ferrregial, donde tan bien se comía, reformó su opinión reconociendo que había gente lista é instruída.

Entonces, después de haber llamado á aquellos espíritus rebeldes al respeto del Parlamento y á la veneración del Orden, gracias á la triple influencia de su Banco, de los bellos ojos de su mujer y de la habilidad de su cocinero, Cohen concedió, con suma amabilidad, que el país necesitaba reformas.

Pero Ega, que aquella tarde parecía incorregible, soltó esta otra enormidad:

—Portugal no necesita reformas, Cohen; lo que ha menester es una invasión española.

Alencar, patriota chapado á la antigua, se indignó. Cohen sonrió declarando que aquello era una de las paradojas de Ega. Pero éste insistía, aduciendo razones. No se trataba de la pérdida de la independencia. No hay ejemplo de una nación de seis millones de almas tragada de un bocado por otra que no pasa de quince millones. Además, las potencias no dejarían que España, nación militar y marítima, se quedara con la hermosa costa de Portugal. No; lo que ocurriría es que nos darían una soba tremenda, que se nos exigiría una indemnización enorme, quizá que Galicia llegaría hasta el Duero...

—*Poulet ànx champignons*—dijo el camarero representando la fuente.

Y mientras se servía, preguntábanle de todos lados dónde veía lo *salvación del país* en aquella catástrofe que convertiría en ciudad española Celori-

co, la noble Celorico, cuna de héroes, cuna de los Egas.

—En esto: en la resurrección del espíritu público, del genio portugués. Apaleados, humillados, descalabrados, vencidos, nos sería preciso realizar un esfuerzo desesperado para vivir. ¡En qué gran situación nos hallaríamos! Sin monarquía, sin esa caterva de políticos, sin *cupones*, porque todo se iría al diablo, apareceríamos nuevecitos, flamantes, como si nunca hubiésemos servido. Todo marcharía como sobre carriles, hasta las colonias que ahora servían como la plata antigua á los hidalgos tronados, para empeñarlas... ¡Oh Dios de Ourique, envíanos los castellanos! Y usted, amigo Cohen, sírvase alargarme el Saint Emilión.

Entre animación creciente se hablaba de la guerra. ¡Se podría hacer una resistencia heroica! Cohen prestaría dinero; armas, artillería y buques se comprarían en Inglaterra. — Craft ofreció generosamente su colección de espadas del siglo xvi. ¿Generales? Se alquilaría... Mac-Mahón, por ejemplo, debía estar barato...

—Craft y yo organizaremos una guerrilla—gritó Ega.

—A sus órdenes, mi coronel.

—Alencar—continuó Ega—está encargado de despertar el patriotismo de las provincias, con cantos y odas.

Entonces el poeta, apartando la copa, tuvo un movimiento de león que sacude la melena:

—Viejo está mi cuerpo, muchacho, pero aun sirve para algo más. Se empuña un fusil y, como la puntería es buena, allá van patas arriba un par de gallegos... ¡Caramba! Sólo de pensar en ello me indigno. No sé cómo ustedes pueden hablar de esas cosas tratándose del país, de esta tierra donde naci-

mos ¡qué diablo! Será mala, lo que ustedes quieran; pero es la única que tenemos, no hay otra! Y aquí vivimos y aquí estiramos la pata... ¡Ea! ¡hablemos de otra cosa, hablemos de mujeres!

Y empujó el plato, con los ojos humedecidos de pasión patriótica...

En el silencio que siguió, Dámaso, que no había dicho una palabra y miraba religiosamente á Carlos, levantó la voz con pausa y dijo con aire de finura y buen sentido:

—Yo, si las cosas llegaran á tal punto, me marcharía á París á la chita callando...

Ega triunfó, dió un bote de alegría... El labio sintético de Dámaso daba el grito espontáneo y genuino del brío portugués! Largarse, poner tierra de por medio... Así pensaban todos en Lisboa, desde el rey, nuestro señor, hasta los mentecatos de los ministerios!...

—Chicos, al primer soldado español que aparezca en la frontera, el país en masa huye como una liebre! Será una desbandada única en la historia!

Se indignaron los comensales; Alencar gritó:

—¡Abajo el traidor!

Cohen intervino; declaró que el soldado portugués era valiente como los turcos, sin disciplina, pero bragado.

El mismo Carlos dijo muy serio:

—No, señor... Nadie huirá; caeremos con gloria.

Ega rugió. ¿A cuenta de qué aquella *pose* heroica? ¿Ignoraban acaso que su raza, después de cincuenta años de constitucionalismo, educada en la podre de los colegios, roída por la sífilis, enmohecida en las oñcinas, apenas aireada los domingos en los paseos de Lisboa, perdió todo su nervio y carácter y era una de las más flacas y cobardes de Europa?...

—Esto son los lisboetas—dijo Craft.

—Lisboa es Portugal,—clamó el otro.—Fuera de Lisboa no hay nada. El país entero está entre la Arcada y San Benito!...

¡La raza más miserable de Europa!

¡Y qué ejército! Un regimiento, después de dos días de marcha, entraba en masa en el hospital! Con sus propios ojos vió el día de la apertura del Parlamento como un marinero sueco, un mocetón del Norte, desbandaba á palos á toda una compañía; los soldados apretaron á correr, y el oficial, lívido de espanto, entró en una escalera para vomitar!...

Todos protestaron. No, no era posible... El lo vió ¡qué diablo!... ¡Bah! con los ojos de la fantasía...

—¡Lo juro por la salud de mi madre!—gritó Ega furioso.

Calló de pronto. Cohen le había tocado con el codo. Cohen iba á hablar.

El banquero dijo que el porvenir pertenece á Dios. Pudiera ser que los españoles pensaran en la invasión, sobre todo si perdían la isla de Cuba. En Madrid todos lo decían. Hasta se había tratado de contratas de aprovisionamiento...

—¡Españoladas, gallegadas!—mugió Alencar.

—En el *Hotel de París*, en Madrid,—continuó Cohen—conoci á un magistrado que me dijo con sorna que no perdía la esperanza de ir á restablecerse á Lisboa; pues esta ciudad le gustó mucho cuando vino á baños. Tengo para mí que hay muchos españoles que esperan este aumento de territorio para hallar empleo.

Entonces Ega cayó en éxtasis. ¡Qué admirable pintura! ¡Qué admirablemente observado!

—¡Qué Cohen!—exclamó.—¡Qué observación tan penetrante! ¡Qué pintura! ¿Eh, Craft? ¿Qué dices, Carlos? ¡Delicioso!

Todos admiraron cotesmente la penetración de Cohen. Este se mostraba agradecido. En aquel instante los camareros servían un plato de legumbres, murmurando:

—*Petits pois á la Cohen.*

¿A la Cohen? Todos se fijaron en el menú. Allí estaba el plato: *Petits pois á la Cohen!* Dámaso, entusiasmado, declaró que aquello era "muy chic". Y con el Champagne, que se descorchaba, se bebió á la salud de Cohen.

Se había olvidado la bancarrota, la invasión, la patria y el banquete terminaba alegremente. Se cruzaron otros brindis, muy ardientes y locuaces: el propio Cohen, con la sonrisa de quien cede al capricho de un niño, brindó con Ega por la Revolución y la Anarquía. En el plato de Alencar se mezclaban las colillas con trozos de piña de América masticados. Dámaso elogiaba á Carlos el tronco inglés y el *phaetón*, que era lo mejor que había en Lisboa. Después de su brindis jacobino, Ega, sin motivo, arremetió contra Craft, injuriando Inglaterra: quería borrarla del número de las naciones pensantes; la amenazaba de una revolución social que la anegaría en sangre: Craft se contentaba moviendo la cabeza, imperturbable, cascando nueces.

Sirvióse el café. Y como hacía ya tres horas que estaban sentados á la mesa, se levantaron, acabando los cigarros, animados por el *Champagne*. La sala, de techo bajo, con cinco mecheros de gas que ardían con fuerza, se había llenado de una atmósfera pesada.

Carlos y Craft, que se ahogaban, salieron á respirar al balcón, y allí reanudaron la conversación empezada en la calle de Alecrim acerca de la bella colección de los Olivares. Craft daba detalles: lo

mejor era un armario holandés del siglo xvi, y algunos bronce, fayenzas y armas...

Ambos se volvieron oyendo junto á la mesa voces descompasadas, un altercado: Alencar, sacudiendo las greñas, clamaba contra la *bambolla filosófica*; y Ega, un tanto apartado, con una copa de cognac en la mano, afectando una serenidad superior, declaraba que toda la balumba lírica que se publica era digna de prisión correccional...

—Se pelean de nuevo á causa de Craveiro—dijo Dámaso á Carlos.—Están ambos divinos.

Efectivamente era á causa de la poesía moderna, de Simón Craveiro, de su poema la *Muerte de Satanás*. Ega había citado con entusiasmo algunas estrofas de la *Muerte*, cuando el gran esqueleto simbólico, pasa en pleno día por el Boulevard, vestido como una cocotte, arrastrando crujientes sedas

«E entre duas costellas, no decotte,
»Tinha um bouquet de rosas!»

Y Alencar, que detestaba á Craveiro, el hombre de *Idea Nuova*, el adalid del Realismo, triunfó entusiasmado, denunciando en aquellas pocas estrofas faltas gramaticales, un verso malo y una imagen robada á Baudelaire.

Entonces Ega, que había bebido, una tras otra, dos copas de cognac, se volvió con ademán provocativo:

—Ya sé por qué hablas, Alencar; y el motivo no es noble. Te duele el epigrama que te hizo

«O Alencar d'Alemquer,
»Acceso com a primavera...»

—¿No conocen ustedes esto?—continuó, dirigiéndose á los demás.—Es delicioso; es de lo mejor de

Craveiro. ¿No lo conoces, Carlos? Es sublime, sobre todo esta estrofa:

«O Alencar d'Alemquer
»Que quer? Na verde campina
»No colhe a tenra bonina
»Nem consulta a malmequer..
»Que quer? Na verde campina
»O Alencar d'Alemquer
»Quer meninal!»

Y no recuerdo el resto, pero termina con una exclamación de buen sentido que es la verdadera crítica de todo este lirismo de pacotilla:

«O Alencar d'Alemquer
»Quer cacete!»

Alencar se pasó la mano por la cara pálida, y con sus ojos hundidos fijos en su contrincante exclamó en voz lenta y ronca:

—Oye, Juan de Ega, deja que te diga una cosa, muchacho... Todos esos epigramas, esos dichos estúpidos y los que los admiran, me pasan por los pies como una cloaca... lo que hago, es levantarme los pantalones... Sí, eso, eso... Nada más, Ega mío. ¡Me arremango los pantalones!

Y efectivamente, se arremangó los pantalones, mostrando los calcetines con ademán brusco y delirante.

—Pues cuando halles una cloaca de esas,—gritóle Ega,—¡bájate y bebe! ¡Así darás sangre y fuerza á tu lirismo!

Pero Alencar, sin oír, gritaba á los demás, atronando la sala:

—Yo, si ese Craveiro no fuera un raquitico, tal vez me entretuviese en darle de puntapiés y en ti-

rarle Chiado abajo, á él y á sus congéneres indecentes. ¡Y después de patearlo, le rompía el cráneo!

—No se rompen así los cráneos—contestó Ega con mofa.

Alencar se volvió furioso. La cólera y el cognac hacían relampaguear su mirada. Temblaba de pies á cabeza.

—¡Le rompía el cráneo, sí, se lo rompía, Juan de Ega! ¡Se lo rompía así, mira, así mismol

Y pateó con rabia el suelo, haciendo tintinear cristales y vajilla.

—¡Pero no quiero, muchachos! ¡Dentro de su cráneo sólo hay excremento, vómito, pus, materia verde, y si se lo rompía, porque se lo rompería, creedlo, saldría toda la podre y apestaría la ciudad y vendría el cólera! ¡Ira de Dios! ¡Vendría la peste!

Carlos, viéndole tan excitado, le tomó del brazo, quiso calmarlo:

—¡Ea, Alencar! ¡Qué diantre... No vale la pena!...

El poeta se soltó, desabrochóse la levita y lanzó la última andanada:

—¡En efecto, no vale la pena de pelearse á causa de ese Craveirote de *Idea Nueva*, de ese sablista que no recuerda que la cochina de su hermana es una meretriz pesetera de Marco de Canavezes!

—¡No, esto no pasa, caray!—gritó Ega abalanzándose con los puños en alto.

Cohen y Dámaso, asustados, le contuvieron. Carlos empujaba hacia una ventana á Alencar, que pugnaba por desasirse. Había caído una silla, y la correcta sala con sus divanes, sus ramos de camelias tomaba el aspecto de una taberna. Dámaso, muy pálido, iba de uno á otro:

—Chicos, chicos, ¿aquí? ¡en el Hotel Central! ¡Jesús!... ¿En el Hotel Central?

Entre los brazos de Cohen, Ega berreaba, ya ronco:

—¡Ese mandria! ¡Ese cobardel... Déjeme, Cohen, ¡he de abofetearle!... ¡A doña Ana Craveiro, una santal Calumniador... ¡He de ahogarle!...

Craft, impasible, bebía la chartreuse á sorbitos. Ya había visto varias veces las dos literaturas á la greña, rodando por el suelo vomitando injurias: la calumnia de Alencar respecto de la hermana de Craveiro formaba parte de las costumbres de crítica de Portugal: nada de ello le importaba; sonreía con desdén. Sabía además que no tardaría la reconciliación, ardiente y con abrazos. Junto á la ventana, Alencar se abotonaba la levita, grave y como arrepentido; Cohen hablaba á Ega con autoridad, como un padre, y por fin dijo que todos eran amigos y caballeros y que era preciso reconciliarse.

—¡Ea! Un apretón de manos, Ega; hágalo por mí... ¡Vamos, Alencar, decídase!

El autor de *Elvira* dió un paso, el de las *Memorias de un Atomo*, extendió la mano: pero el primer apretón fué forzado y flojo. Entonces Alencar, generoso, dijo que entre él y Ega no había de haber *ni una nube*. Se había excedido... lo reconocía. Fué su genio... el calor de la sangre... Doña Ana Craveiro era impecable como madre y esposa... Y en el fondo del alma reconocía que Craveiro tenía arranques de talento!...

Llenó una copa de *Champagne*, la levantó en alto delante de Ega como un cáliz de altar:

—¡A la tuya, Juan!

Ega, generoso también, contestó:

—¡A la tuya, Tomás!

Abrazáronse. Alencar juró que siempre había admirado á Ega. Ega afirmó que en ningún poeta había lirismo de tan buena ley como en Alencar. Se

llamaron *hermanos de arte*; tratáronse de *genios!*...

— Son extraordinarios— dijo Craft á Carlos en voz baja, tomando el sombrero.— Me aturden... necesito aire...

Adelantaba la noche; eran ya las once. Aun se bebó más cognac. Después Cohen salió llevándose á Ega. Alencar y Dámaso se fueron con Carlos, que se retiraba á pie por Aterro.

En la puerta, el poeta se detuvo con solemnidad.

— Qué os parece, hijos?— exclamó quitándose el sombrero para refrescar la cabeza.— Paréceme que me porté como un gentleman!

Carlos asintió.

— Celebro que me digas esto, hijo, porque tú sabes lo que es un gentleman. Y vamos hacia Aterro... Pero dejadme comprar un paquete de cigarrillos.

— Qué tipo!— exclamó Dámaso, mirando como se alejaba. La cosa se iba poniendo fea.

E inmediatamente, sin transición, empezó á elogiar á Carlos. El señor Maia no sabía cuanto tiempo hacía que deseaba conocerle...

— Oh, señor...

— Crea S. E. lo que le digo... No sé lisonjear... Pregunte á Ega... Muchas veces le he dicho que S. E. es de lo mejor que hay en Lisboa.

Carlos bajaba la cabeza conteniendo la risa. Dámaso añadía:

— Lo que le digo es sincero, señor Maia! Le aseguro á V. E. que se lo digo de corazón!

Realmente era sincero. Desde que Carlos habitaba en Lisboa tenía allí, en aquel mozo gordo y panzudo, un adorador mudo y ferviente. El barniz de sus botas, el color de sus guantes, eran para Dámaso un motivo de veneración. Consideraba á Carlos como el prototipo del *chic*, de su adorado *chic*, un Brummel, un d'Orsay, un Morny... Aquella tarde,

sabiendo que tenía que comer con Maia, conocer á Maia, estuvo dos horas ante el espejo probando corbatas, perfumándose como para volar á los brazos de una mujer, y á causa de Carlos mandó que á las diez le esperara un coche á la puerta del hotel, con un cochero que llevase un ramito en el ojal.

— De modo que esa señora brasileña vive aquí?— preguntó Carlos, que miraba una ventana iluminada del segundo piso.

Dámaso siguió la dirección de la mirada.

— Vive al otro lado. Habitan aquí hace quince días... Son gente *chic*... Ella es muy apetitosa ¿no lo notó S. E.? A bordo me insintué... y parecía coqueta... Pero he estado muy ocupado desde que llegué... Comida aquí, *soirée* allá... alguna aventurilla... No he podido visitarles, sólo les dejé tarjeta... Quizá mañana venga aquí... y si la pillo sola le largo un beso... No sé si S. E. sigue igual procedimiento... Pero yo con las mujeres no gasto cumplidos... Atreverse y ¡listos!

En aquel instante Alencar volvía del estanco, puro en boca. Dámaso se despidió dando al cochero en voz alta, para que Carlos lo oyese, la dirección de la Morelli, la segunda dama de San Carlos.

— Es un buen muchacho este Dámaso— dijo Alencar tomando el brazo de Carlos.— Está muy considerado en casa de los Cohen y en toda la buena sociedad. Es hijo del viejo avaro Silva, que saqueó mucho á tu padre y á mí también. Pero él firma Salcede; quizá es su segundo apellido; quizá lo ha inventado. Buen muchacho. Su padre era un bellaco! Aun me parece oír á Pedro que le decía con su empaque de hidalgo: "¡Viejo judío, daca dinero, y á chorro!...", ¡Otros tiempos, Carlos, grandes tiempos! Tiempos de otra gente!

Y á lo largo del paseo, triste y fúnebre en la obs-

curidad, con sus lúces de gas en fila de entierro, Alencar fué hablando de aquellos "grandes tiempos", de sus mocedades y de las mocedades de Pedro, y á través de sus frases líricas, Carlos creía percibir un aroma de aquel mundo difunto. Era la época en que la juventud aun tenía un resto del calor de las guerras civiles y lo calmaba gastando dinero sin contar, organizando expediciones á Cintra. Cintra era entonces un nido de amores y bajo sus románticas arboledas las grandes damas se entregaban á los poetas. Ellas eran Elviras, ellos Antonys. El dinero abundaba; la corte era alegre; la Regeneración literaria y galante debía engrandecer el país, bello jardín de Europa. Los estudiantes llegaban de Coimbra henchidos de elocuencia; los ministros de la corona improvisaban en el piano; el mismo soplo lírico hinchaba las odas y los proyectos de ley...

—Lisboa era más divertida—dijo Carlos.

—Sí, era otra cosa, Carlos mío. No se hablaba de ciencia, de filosofía, de positivismo... pero había más corazón... Hasta en política hemos perdido... En aquel tiempo se iba á la Cámara y sentíase flotar allí la inspiración, los rasgos de ingenio! ¡Había más luz en los cerebros!... Y, además, muchacho, había muy buenas mujeres.

Los hombros parecían caerle al recuerdo de aquel mundo perdido. Y parecía más lúgubre con sus greñas que salían por debajo del ala del sombrero viejo, con su levita mal cortada, pegándose lamentablemente á su talle.

Anduvieron unos minutos en silencio. Después en la calle de las Ventanas Verdes, Alencar quiso *refrescar*. Entraron en un tenducho sucio, alumbrado por un quinqué de petróleo con el tubo ahumado. En el mostrador estaba una mujer que llevaba un

pañuelo blanco atado á los carrillos. Alencar parecía estar como en su casa. Apenas supo que la señora Cándida padecía dolor de muelas, cayendo de las nubes de su romanticismo, le dió varios remedios á cual más seguro. Y cuando Carlos quiso pagar, por poco se enfada. Sacó dos tostones y golpeó con ellos el zinc del mostrador.

—En los palacios pagan otros... Aquí pago yo...

En la puerta tomó el brazo de Carlos. De pronto se detuvo, después de dar unos pasos lentos por la calle, y exclamó en voz vaga, contemplativa, como henchida de la vasta solemnidad de la noche:

—¡Raquel Cohen es divinamente bella, chico! ¿La conoces?

—De vista.

—¿No te recuerda las mujeres de la Biblia? No digo uno de esos marimachos, Judith, Dalila... sino uno de esos lirios poéticos de la Biblia... Es seráfica...

Era actualmente la pasión platónica de Alencar, su dama, su Beatriz...

—¿No viste en el *Diario Nacional* los versos que le dediqué?

«¡Abril chegou! se minha
Dizia ó vento á rosa.»

—No me salieron mal; hay malicia en ellos: "*Abril llegó; sé mía...*" Pero luego añadido: *Decía el viento á la rosa*, y ya queda destruído el efecto... Pero no vayas á creer que le hago la corte... No... Cohen es como un hermano y Raquel lo mismo... Pero es divina. ¡Aquellos ojos son terciopelo líquido!...

Se quitó el sombrero, refrescó la frente amplia, y añadió en otro tono:

—Ega tiene mucho talento... Va mucho á casa de los Cohen... A Raquel le hace gracia...

Carlos se detuvo; estaban frente á Ramillete, Alencar miró la severa fachada dormida, sin un punto de luz.

—Tiene buen aspecto vuestra casa. Entra, muchacho; yo voy despacio á mi zahurda. Y cuando quieras me tienes en la calle Carvalho, 52, tercer piso. La casa es mía; pero habito en el tercero. Empecé habitando el primero; pero he ido subiendo. En lo único que he progresado, Carlos, es en altura...

Hizo un ademán como desdendiando tales miserias.

—Un día has de venir á comer. No te puedo dar un banquete; pero tendrás buena sopa y un asado... Mi Mateo, un negro (un amigo) que me sirve hace muchos años, sabe guisar cuando se pone. Sirvió muchas comidas á tu padre, á mi Pedro... La mía fué casa espléndida. Di cama y comida y dinero á muchos que ahora arrastran carruaje... Y ahora, cuando me ven, vuelven la cara...

—No, hombre — contestó Carlos animándole.

—Sí, Carlos — contestó el poeta, muy grave, muy amargo. — Sí, tú no conoces mi vida. He padecido muchos desaires, hijo. ¡Y no los merecía! Palabra que no los merecía...

Tomó el brazo de Carlos y dijo con acento lastimero:

—Todos esos personajes que ahora figuran por ahí se emborrachaban conmigo, yo les prestaba apoyo... ¡Y ahora son ministros, son embajadores, son personajes, son el diablo! ¿No podrían ofrecerme un bocado ahora? No. Yo no les pido que me hagan conde ni embajador... con un empleo me sobraba... ¡Ni un recuerdo! Nada. En fin, aun hay para un bocado de pan y para mi onza de tabaco... Pero esta ingratitude me duele... ¡No te quiero fastidiar

más, y que Dios te haga feliz como lo mereces, Carlos!

—¿No quieres subir un rato, Alencar?

Tanta franqueza enterneció al poeta.

—Agradeciendo, muchacho — dijo abrazando á Carlos. — Te agradezco esto porque sé que sale del corazón... Todos ustedes tienen corazón.. ¡Ya tu padre lo tenía, poderoso como un león! Y cree una cosa; aquí tienes un amigo. No son vanas palabras... Viene de aquí dentro... ¿Quieres un cigarro?

Carlos aceptó en seguida, como un dón del cielo.

Y aquel cigarro dado á un hombre tan rico, al dueño de Ramillete, recordó á Alencar el tiempo aquel en que sacaba la petaca llena y ofrecía cigarrillos á los amigos, con su aire de Manfredo triste. Y entonces se interesó por el cigarro; él mismo encendió un fósforo. Miró si estaba bien encendido.

—¡Menos mal que ha salido pasable!

Abrazóle otra vez y daba la una de la madrugada cuando se marchó hacia su casa, contento, con paso ligero, tarareando un *fado*.

En su cuarto, antes de acostarse, terminando el pésimo cigarro de Alencar, Carlos quedó pensando en aquel extraño pasado que evocara el viejo lírico..

¡Era simpático el pobre Alencar! Con qué delicadeza, al hablar de Pedro y de Arroios, evitó nombrar á María Monforte! Más de una vez, paseando por Aterro, estuvo á punto de decirle que ya podía hablar de su madre, que ya sabía que había huído con un italiano.

Y aquello le hizo recordar de qué modo supo la lamentable historia. Fué en Coimbra, en una noche